

271  
FELIX RESTREPO, S. J.



*Biblioteca Franciscana*  
*en el Nuevo Reino*

**BIBLIOTECA**  
**DE**  
**ENRIQUE OTERO D' COSTA**

# Flores Selectas

Publicación periódica

---



FLORECILLAS FRANCISCANAS

en el Nuevo Reino



(Con las debidas licencias)

SERIE 8.<sup>a</sup> N.<sup>o</sup> 94

BOGOTA

Imp. del C. de Jesús

1926



*Invitado bondadosamente por los RR. PP. Capuchinos de esta ciudad a tomar parte en las conferencias organizadas por ellos en honor del seráfico Padre, compuse este ramillete de florecillas franciscanas, recogidas diligentemente en nuestros viejos cronicones, y lo presenté al distinguido público que ocupaba el Salón de Grados el 12 del presente mes de octubre, sin más introducción que estas palabras que pueden también servir de prólogo a este nuevo apéndice de las «florecillas.»*

---

## PROLOGO

---

Señoras y señores:

El mundo está tan lleno del perfume de las virtudes de San Francisco de Asís, que a veces se imagina uno que el Santo no ha muerto, que vive aún, y que vive entre nosotros.

Y es que si su cuerpo, gastado por la penitencia, halló el reposo de los justos en Santa María de los Angeles, su espíritu se difundió libremente por el mundo, y parece que hubiera encarnado en muchos cuerpos, y se le encuentra en todas partes bajo el tosco sayal del franciscano.

También por estas tierras de los Andes ha pasado el espíritu del pobrecito de Asís. También en nuestra querida Patria, desde los primeros días de su vida, brotaron por doquiera multitud de florecillas franciscanas.

Cuántas de esas florecillas tuvieron vida efímera, tan efímera como la vida humana, y dieron a penas su recatado perfume en el cerrado huerto de alguna apartada misión, de alguna villa incipiente, de algún convento recogido y silencioso.

Pero ha habido otras que tuvieron mejor suerte, que fueron cariñosamente conservadas en relaciones llenas de ingenuidad, y han llegado hasta nosotros con toda la frescura y con todo el aroma

con que se conservan las florecillas de Asís y del monte Albornia.

¿Qué mejor obsequio podía yo hacer a San Francisco, que recoger en un ramillete estas florecillas coloniales, y presentarlas a vuestra admiración, para que gocéis de sus varios colores y de su purísimo perfume?

No es mi intento entrar por los campos de la historia con el ventilabro de la crítica. Si tal hiciera, alguna de estas florecillas talvez habría de marchitarse y perecer; y ¿qué ganaría con eso el jardín de nuestra Patria? No importa que algunas de estas florecillas no sean hijas de la seca y rigurosa historia. Todas están llenas de la más delicada poesía. ¿Y no habéis oído decir que la poesía es a veces más verdadera que la historia?

Pero no por eso creáis que las noticias que os voy a presentar carecen de fundamento histórico. Muy al contrario, todas están consignadas en viejos papeles, y yo he tenido que poner muy poco de mi parte para completar algunas circunstancias, que por sabidas se las callan los viejos escritores.

No vais a oír una elocuente oración, sino unas sencillas relaciones llenas del candoroso aroma del libro de las florecillas. Así descansaréis un poco, si es que puede haber cansancio en los reinos del arte, de los raudales de elocuencia con que nuestros más grandes oradores han festejado en estos días al humilde San Francisco, y estaréis mejor dispuestos para estimar y gozar los homenajes que aun ha de recibir en nuestra ciudad el seráfico Padre.

Perdonad pues, desde ahora, la humildad de mi ofrenda, olvidaos del recopilador, y gozad tranquilamente del aroma de las florecillas del Nuevo Reino.



FLORECILLAS FRANCISCANAS  
en el Nuevo Reino



*De cómo un hijo de San Francisco vino por Obispo  
al Nuevo Reino*

Nuestro señor el Papa, queriendo convertir los indios del Nuevo Reino a la fe del crucificado, envió allá por Obispo a Fray Juan de los Barrios, verdadero seguidor de nuestro Padre San Francisco.

Estableció su sede episcopal el dicho Fray Juan en la ciudad de Santafé, que hasta hoy conserva imborrable recuerdo de él, pues además de haber dado casa a los Frailes menores, para que ellos le ayudaran en la conversión de los indios, fundó el primer hospital que llamó de San Pedro, al cual dejó en su testamento sus propias casas para darle más amplitud. Empezó la fábrica de la Catedral, y él mismo cargaba sobre sus hombros la piedra necesaria para los cimientos, lo cual visto por los indios y por los españoles, todos a porfía aportaron su trabajo para terminarla, aunque después se arruinó para que en su lugar se pudiera levantar la más grandiosa que hoy existe.

Celebró el señor Obispo Fray Juan, Sinodo diocesano, en cuyas actas se contienen documentos de gran sabiduría para la predicación de la fe y conversión de los gentiles.

II

*Cómo el señor Obispo Fray Juan ponía paz en los buscadores de oro, y cómo se retiró de su iglesia por la mucha soberbia de las justicias seculares, y cómo los señores de la justicia fueron a humillarse a sus pies y darle la obediencia*

Nuestro señor el Obispo Fray Juan estaba tan desprendido de todas las cosas de la tierra, que brillaba como astro singular en medio de los conquistadores. Y era tal su mansedumbre, que sólo él permanecía pacífico cuando aquellos hombres de armas se encendían en cólera.

Y como muchas veces por diferencias en las ganancias o en el mando aquellos valientes soldados desenvainaban las espadas, el señor Obispo Fray Juan montaba en una humilde cabalgadura, cogía el crucifijo en la mano, y salía por calles y plazas aquietándolos a todos y poniendo en paz a los enemigos. Y gracias a este ángel de caridad no se destruyó aquella ciudad en sus principios, sino que se conservó y aumentó para gran gloria de Dios y bien de la República, como lo vemos hoy en sus muchos templos y hospitales, en su mucha fe y en sus grandes letrados.

Mas como es tan grande la soberbia humana, y a quien ha dado Dios un poco de autoridad, parece muchas veces que quiere alzarse con toda ella, sucedió una vez que las justicias de la ciudad negaron la obediencia a su Prelado, y violaron la santidad del templo, entrando en él a

prender a un fugitivo clérigo, sin hacer caso de fuero eclesiástico ninguno. Por lo cual el santo Obispo, viendo que no podía reducir a las justicias al debido respeto de la iglesia, mandó cerrar el templo y suspender el culto, y se retiró a la Serrezuela de su amigo Alonso Díaz.

No pudo la ciudad sufrir por mucho tiempo la orfandad de su pastor. El pueblo reclamaba a su padre y protector y maestro, y amenazaba acabar con las justicias si éstas no la hacían a su Prelado. Por lo cual los justicias uno a uno fueron viniendo a la Serrezuela a dar la obediencia a su pastor, y pedirle perdón, y suplicarle que volviera a la ciudad, como lo hizo con regocijo general.

Sea Dios bendito por ello para siempre. Amén.

### III

*Cómo un noble caballero tuvo una conversación con un muerto, y renunciando todas sus riquezas se hizo pobre franciscano, y vino por Obispo al Nuevo Reino y trajo la cabeza de Santa Isabel de Hungría*

Don Luis Zapata de Cárdenas fue un caballero de noble linaje, ornamento de la Orden de Alcántara y Maestre de Campo del Emperador Carlos V. en las guerras de Alemania y Flandes.

Tenía un amigo y camarada a quien estimaba sobre todos los demás, y como ambos eran temerosos de Dios, y la vida que llevaban era más propia de soldados que de religiosos, tenían ambos algún temor de su salvación eterna. Y hablando una vez sobre este particular hicieron pacto de que el primero que muriera vendría a avisar al



otro de la suerte que le había cabido en la eternidad.

Estaba un día Don Luis en la plaza mayor de Valladolid, tratando con otros compañeros, cuando sintió que le llamaban y se retiró hacia el sitio de donde partía la voz, bien que sus compañeros no vieron persona alguna.

Un rato se entretuvo como hablando con una persona invisible, y volvió a juntarse con sus amigos, pálido y desencajado.

Preguntado qué le había pasado, no dijo más sino que su amigo había cumplido la palabra, y en efecto, se supo poco después que ese mismo día y hora había muerto en Flandes en una recia batalla.

Don Luis conservó toda su vida en su rostro un sello de melancolía. No quiso vivir más tiempo en la corte, sino que renunciando sus empleos, dignidades y riquezas, pidió ser admitido en el convento de nuestro Padre San Francisco.

Su vida religiosa fue ejemplarísima. Recorrió, como Visitador de la Orden, las Provincias del Perú y Chile, y al volver a España fue nombrado Arzobispo de este Nuevo Reino, a donde trajo como preciosa reliquia la cabeza de Santa Isabel Reina de Hungría, que con este fin le entregó la Reina Doña Ana de Austria, y que desde entonces se venera con gran devoción por todos los cristianos de estas tierras.

#### IV

*De las misiones que en el Nuevo Reino tuvieron los hijos de San Francisco*

Casi puede decirse que la mayor parte de este Nuevo Reino lo evangelizaron los hijos de San

Francisco. En el contorno de la capital todos los pueblos los conquistaron, fundaron y servían religiosos de esta Provincia. Tomando el camino del Setentrion conquistaron, fundaron y servían todos los pueblos hasta el de Fúquene. En jurisdicción de Tunja servían, establecieron y conquistaron los religiosos todos los pueblos hasta Pamplona y sus inmediaciones, en los que se incluye el famoso valle de Sogamoso.

Todos los pueblos de las dilatadas provincias de Neiva, hasta la ciudad de La Plata, los religiosos de esta Provincia los conquistaron y fundaron. Los pueblos inmediatos a la jurisdicción de Ocaña, todos los conquistaron y fundaron los religiosos de esta Provincia y todos los servían. Desde Cartagena por Urabá y ambas costas del río grande de la Magdalena, que comprende muchos pueblos, los hijos de esta Provincia los conquistaron y establecieron.

Las dos dilatadas provincias del Chocó, que son Nóvita y el Citará, tan abundantes en minas de oro como en indios, y en que hay muchos pueblos, y las minas y riquezas que el mundo sabe, todos los conquistaron y servían los religiosos de esta Provincia.

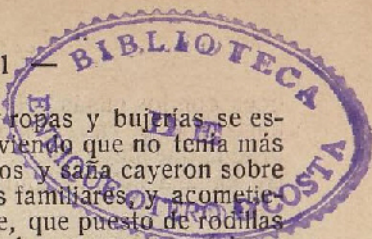
En estas misiones se hicieron célebres los PP. Fray Antonio Abad y Fray Francisco Hernani, que fueron los principales misioneros y conquistadores, a quienes vieron muchas veces atravesar los caudalosos ríos puestos de rodillas sobre sus aguas. Por estos y otros prodigios que se vieron los amaban mucho los indios chocoes. Dejando estas conquistas en buen estado se embarcaron en el célebre río Atrato para las naciones de cunas, donde es tradición que les martirizaron los indios, y por esto conservan hasta hoy enemistad los cho-

coes con los cunas. Hay tradición que conservan hasta hoy el cáliz, patena y demás objetos sagrados que llevaban dichos Padres. Todo esto se lee en una crónica antigua.

V

*Cómo Fray Andrés López, yéndose a predicar el evangelio a los indios caribes, fue muerto por ellos, y estuvo seis días icorrupto colgado de un árbol*

El buen pastor da la vida por sus ovejas, pero el que es mercenario huye y las deja abandonadas a vista del peligro. Tuvo Fray Andrés tan gran amor a Cristo crucificado, que anhelaba morir en la cruz crucificado con su maestro. Y por eso no cesaba de pedir a su prelado le enviara a predicar el evangelio a las más bárbaras naciones. En aquellos días acababan los indios caribes de quitar la vida a un santo obispo, francés de nación, y canónigo de la santa iglesia Catedral de Lyon, el cual, con otros tres canónigos de la misma iglesia, puestos a los pies del Santísimo Padre Benedicto XIII, pidieron los destinase a tierras de infieles para enseñarles la verdad del Evangelio. Su Beatitud, movido del influjo del Espíritu Santo, como lo dice en su apostólica Bula, que se guarda en Santo Tomás de la Guayana, los consagró en Obispos para las cuatro partes del mundo, destinando al Sr. Labrit a la Occidental de América, donde tiene su situación el caudaloso río Orinoco. Donde, habiendo fundado un pueblo empezó a enseñar por señas a aquellos bárbaros caribes. Los cuales, mientras



recibieron de él regalos y ropas y bujías, se estuvieron quedos, pero en viendo que no tenía más que darles, llenos de furor y saña cayeron sobre su habitación, mataron sus familiares, y acometieron a aquel santo Príncipe, que puesto de rodillas con un santo crucifijo en las manos, esperaba a los ingratos hijos, que cayeron tumultuosamente sobre él y al golpe de sus macanas le quitaron la vida.

El Gobernador Don Carlos Suárez resolvió entonces fundar un pueblo para auxilio y defensa de aquellas regiones, a orillas de la laguna del Mamo, y a este fin fueron destinados los PP. menores Fray Francisco de Ledesma y Fray Francisco del Castillo. Hicieron los misioneros un altar de cañas, y celebraron en él el santo Sacrificio, y enarbolaron el santo estandarte de la cruz, con gran regocijo de los indios fieles que llevaban consigo, que eran de la nación de los guaraunos, muy dócil y poco perezosa en sus trabajos.

Vino poco después Fray Andrés López a juntarse con estos misioneros. Y teniendo ellos que salir al trienal capítulo que se celebraba en la doctrina del Pilar, quedóse Fray Andrés solo y enfermo, y con noticias de que los caribes tenían ya prevenidas 30 piraguas y 400 hombres de combate, con armas de flechas y de fuego que les habían enseñado a manejar los herejes holandeses. Fray Andrés hubiera podido irse con sus compañeros, pero no quiso como buen pastor abandonar su rebaño.

Un domingo estaban los indios todos reunidos en la iglesia, y Fray Andrés celebraba el santo Sacrificio, cuando el capitán de los indios, que lo era Juan Miguel, vio venir a los caribes y gritó desesperadamente:—Póngase V. P. en salvo, que

estamos cercados de enemigos, y salgo con mis hijos a defenderme de ellos.

Salieron prontamente y se mantuvieron peleando un buen rato, mas recibieron gran daño de los caribes, que mataron a los hijos del capitán y a casi todos los indios cristianos.

Dejando Fray Andrés los ornamentos sacerdotales, y revestido de amor de Dios y de sus prójimo, tomó el santo crucifijo del altar, y se presentó a los enemigos rogándoles en alta voz que, si a él le buscaban, allí le tenían por blanco de sus iras, con tal que perdonasen la vida a aquellos inocentes. Diciendo estas palabras recibió un balazo en una pierna que le derribó en tierra, y cayendo de tropel sobre él aquellas fieras, le quebrantaron la cabeza con pesadas macanas. Echáronle al cuello una soga de cuero de manatí, con que le arrastraron hasta llegar a un árbol que allí llaman Cháparo, del cual le colgaron desnudo en carnes, le cortaron los brazos por los codos y, le aplicaron al pie una gran hoguera de fuego, con que intentaron quemar aquel bendito cuerpo, encendido mucho antes en llamas de amor divino.

El capitán Juan Miguel, aunque mal herido, tomó el camino de Guayana, y avisó de tan triste suceso al Gobernador de aquella Provincia, el cual envió una escolta de soldados a dar sepultura a los muertos. Tres días tardó el capitán en llegar a la Guayana, y otros tres la escolta en llegar al sitio del Mamo, donde encontró el lamentable espectáculo del santo cuerpo del mártir, colgado por el cuello, con la cabeza destrozada y los brazos cortados, pero sin dar alguna señal de corrupción, antes blanco y blando, sin la hinchazón y horror que debía causar en aquella postura y en país tan cálido, y tan lleno de tigres y de aves

de rapiña, que habían devorado ya los demás cuerpos.

Dieron los españoles sepultura al venerable mártir al pie del árbol donde había estado suspendido, y allí estuvo hasta el año siguiente, en que el P. Fray Salvador Romero, Comisario Apostólico, envió al P. Ledesma a recogerlo, y fue colocado en una arca de cedro, al lado del evangelio, en la iglesia del pueblo de San Miguel, de las Misiones de Piritu.

A gloria de Dios. Amén.

## VI

*Cómo Fray Miguel de los Angeles, para poder socorrer a todos los pobres que encontraba, traía las mangas llenas de mendrugos*

En la Provincia de Cartagena del Nuevo Reino se unió a nuestro Padre San Francisco un mozo de grandes prendas, que se llamó Fray Miguel de los Angeles. Tuvo gran don de oración, y poniéndose a hablar de Dios no podía contener las lágrimas. Fue desde su tierna edad tan recatado, que en medio de la corrupción del mundo conservó intacta su virginidad. Amaba la pobreza como querida compañera, y no tenía más que su breviario y una fresadilla en que dormía. Cuando no andaba catequizando a los indios se entretenía en asistir a los enfermos en los hospitales. Les lavaba sus llagas, y sucedió a veces que, a medida que él pasaba sus manos por ellas, se iban cerrando, y los enfermos recibían, con el consuelo espiritual, la salud de sus cuerpos.

Gozaba mucho viendo los pajarillos del cielo, y decía que si Dios les alimenta todos los días

sin que ellos siembren ni guarden grano en sus trojes, lo mismo había de hacer con él. Aunque los españoles e indios, por lo mucho que le veneraban, le ofrecían limosnas en abundancia, nunca quiso recibir más de lo que bastaba para una pobre comida. Pero en cambio llevaba siempre las mangas llenas de mendrugos, para no verse en la triste necesidad de no tener que dar a algún pobre que implorara su caridad. Y era voz común que, aunque llegara a haber hambre en la tierra, y aunque llegara a faltar el pan en las mesas de los ricos, nunca faltarían los mendrugos en las mangas de Fray Miguel.

## VII

*De cómo Fray Diego, habiendo muerto, abrió los ojos ante el Santísimo Sacramento*

Fray Diego era un lego de alma cándida, caritativa, humilde y obediente. Nunca estuvo ocioso, porque decía que la ociosidad era yesca donde empezaban a arder los pecados. Tuvo don de profecía, como se vio cuando doña Juana de León le buscó muy afligida por nuevas que tenía de la muerte de su esposo el capitán Francisco Pallarés, a quien contestó que no era así, que el sábado de la misma semana tendría carta suya, lo que se cumplió puntualmente. A doña Ana María de Tello, que lloraba amargamente por haberle asegurado que su esposo Juan Escanio se había ahogado de vuelta de España, la desengañó asegurándole que en breve le vería, como se verificó.

Obró Dios por su intercesión muchos milagros, en vida y en muerte. Viéronle muchas veces cuando iba a comulgar bañado en resplandores. Pa-

saba largas horas delante del Santo Sacram<sup>e</sup>nto, de quien era singulamente devoto, y no quitaba los ojos del sagrario.

Y sucedió el día que le llevaban a enterrar, que al pasar por delante del Santísimo Sacramento abrió los ojos, y los clavó en el sagrario, por lo cual todos creyeron que estaba vivo y lo llevaron a la sacristía, pero se halló que estaba muerto, aunque muy hermoso y tratable, y despidiendo suave olor.

En presencia del Gobernador y Comisario del Santo Tribunal se hizo junta de médicos, los cuales atestiguaron que estaba naturalmente muerto, y que todo lo acaecido era milagroso y sobrenatural.

Cuando se divulgó la noticia de su muerte acudieron todos ansiosos de una reliquia, y le despedazaron cinco hábitos, sin poder resistir a la piadosa devoción la asistencia de los religiosos ni los soldados que puso de guardia el Gobernador Don García Girón.

Sea todo para gloria de Jesucristo sacramentado, Amén.

## VIII

### *Del poder que Fray Tomás tenía sobre las serpientes*

Estando una vez Fray Tomás en el convento que había fundado en la ciudad de Guaduas, cogió en sus manos el santo Evangelio, y siguiendo la costumbre del glorioso San Francisco lo abrió al azar, a ver qué quería decirle Dios Nuestro



Señor. Y se encontró con aquellas palabras: Los que creyeren harán los milagros siguientes: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán las serpientes, y si bebieren veneno no les hará daño.

De ahí a pocos días vino orden de hacer viaje a Caracas en calidad de Comisario de aquella Provincia. Y yendo de camino, picó a su compañero una venenosa víbora en la mano, y se le agarró de tal manera que no la podía sacudir de sí. A los gritos del desgraciado acudió Fray Tomás, y recordando las palabras del Santo Evangelio, lleno de fe cogió la víbora y la arrojó lejos, y dando después la bendición en la mano a su compañero, lo curó repentinamente.

## IX

### *Del don de profecía que tuvo Fray Juan Martín*

Como el demonio es tan enemigo de la paz, muchas veces siembra cizaña en las familias, para dividir a los hijos de los padres y al esposo de la esposa.

Hubo en esta ciudad de Santafé un matrimonio de gentes temerosas de Dios, pero era el marido tan celoso, que siempre andaba dudando de la virtud y fidelidad de su mujer.

Tuvo esta mujer en aquellos días un hijo, y al marido le metió el demonio en la cabeza el pensamiento de que no era hijo suyo. Por lo cual afligida la mujer mandó llamar al siervo de Dios Fray Juan Martín, a quien Dios había señalado con el don de profecía, y le suplicó con lágrimas la librar de aquella calumnia.

Fray Juan Martín tomó al niño en sus brazos y le mandó en presencia de muchos que se habían reunido en aquella casa que dijera a voces quién era su padre. El niño miró en derredor a todos los circunstantes, y llegado a ver al celoso marido, lo señaló con el dedo y dijo en voz clara e inteligible: éste es mi padre.

Fray Juan Martín vivía de continuo retirado en la soledad de su celda. Pero un día sucedió que salió de ella precipitadamente, y bajó a la portería del convento, que cae cerca del puente que llaman de San Francisco, y empezó a gritar con grandes voces que nadie pasara por el puente. Y fue maravilla que a los pocos instantes el puente se vino abajo con gran estruendo y ruina.

A gloria de Dios. Amén.

## X

### *Cómo Fray Francisco de las Llagas se fue de España al Nuevo Reino para convertir indios*

Estando un día en su convento de Sevilla Fray Francisco de las Llagas, pasó por allá Fray Francisco Rodríguez, que andaba recorriendo las casas de la orden buscando compañeros para convertir los indios del Nuevo Reino.

Como Fray Francisco de las Llagas había siempre deseado emplearse en la conversión de los pobres gentiles, se ofreció en seguida a seguir al misionero, y movidos por su ejemplo se ofrecieron también otros muchos jóvenes, más ligeros que prudentes. Porque al tiempo de embarcarse, los más de ellos, atemorizados, se escondieron, y dejaron casi solo a Fray Francisco de las Llagas. Mas su

superior se consolaba diciendo que se alegraba con llevarle a él, tanto como si llevara a muchos, que puestos en una balanza acaso no pesarían tanto como él solo.

Vivió ocho años en las doctrinas de Túculo y Puruci, con tanta satisfacción de aquellos indios, que hasta hoy le llaman a boca llena padre santo.

Cuando consideraba que los indios no podían venir a perturbarle, se encerraba en la iglesia, y tomaba una cruz muy pesada que tenía prevenida, y gastaba media tarde en el santo viacrucis cargado con este santo madero, una soga al cuello, y sin más ropa en el cuerpo que los paños de la honestidad. Y ordinariamente solía terminar con una rigurosa disciplina, como aseguraba un su confidente y curioso testigo de vista. Tenía una gran llaga en las espaldas, de donde manaba copiosa sangre a semejanza de las llagas que hicieron los azotes en Nuestro Señor Jesucristo.

No contento con las almas de sus reducciones se fue a los más apartados parajes del Orinoco a buscar nuevas ovejas para Cristo Nuestro Señor. Y enfermo de aquellas correrías tuvo que retirarse a la cercana provincia de Santa Fé, en cuya capital eligió para su morada el convento de San Diego, recolección de esta santa Provincia.

Volvió más tarde a las misiones en la cercanía de San Juan de los Llanos. Fundó el pueblo de Vijagual. Adelantó en otros la doctrina, y estaba recogiendo muy copioso fruto, cuando le envió Dios su última enfermedad que le imposibilitó para el corporal trabajo, llevándole al convento de San Diego, donde resignado en la divina voluntad dejó de vivir en esta vida para vivir mejor en la eterna.

XI

*Cómo Fray Juan de Salazar, siendo aún pecador, se halló a sí mismo muerto en la calle, y se resolvió a pedir el hábito de San Francisco*

Fray Juan de Salazar había sido de la principal nobleza de este Nuevo Reino. Había hecho la carrera de Filosofía, Cánones y Jurisprudencia en el Colegio de San Bartolomé. Fue Alcalde ordinario y Alférez real de esta ciudad. Le quería Dios para su servicio, y le llamó con sucesos extraordinarios, pero él, entretenido en el servicio del mundo, de nada hacía caso.

Un día, habiendo concertado un duelo con otro mozo de iguales calidades y nobleza, al pasar por el altozano de la iglesia del Noviciado, por donde va el camino para el alto de San Diego que era donde iba a tenerse el duelo, reparó que en dicho atrio estaba un hombre cargado sobre su espada. Y yendo a reconocerle se vio a sí mismo muerto a puñaladas y luego desapareció.

Tocado de la mano de Dios partió en busca de su enemigo, con quien se reconcilió, y acompañado de él se vino al convento de San Diego, y refiriendo a los religiosos lo que le pasaba, pidió con lágrimas el hábito en aquel santo convento, donde vivió algunos años con el ejemplo y admiración de toda la ciudad.

Partió después a las misiones de San Juan de los Llanos, a emplearse en la conversión de los indios.

De común consentimiento le eligieron por Ministro Provincial de esta Provincia que gobernó

pacíficamente, dejando grandes obras concluidas en la iglesia y en el Colegio de San Buenaventura. Tuvo gracia particular contra los demonios, que expella de los cuerpos dándose crueles disciplinas, y diciendo a voces sus pecados y las misericordias de Dios. Y como el demonio es tan soberbio y no puede sufrir la humildad, no se resistía y abandonaba los cuerpos de los que había logrado sojuzgar.

## XII

*De cómo nuestro señor el Papa quiso enviar a Fray Andrés Betancur por Obispo de la Concepción de Chile, y cómo él, retirándose a Boza, alcanzó del Señor le sacara de esta vida*

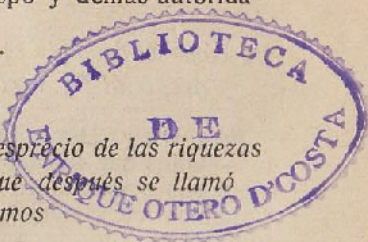
Fray Andrés Betancur, de la ciudad de Cáceres en este Nuevo Reino, entró muy joven en el convento de Santafé, y por su don de oración y prudencia desempeñó los más altos cargos de esta Provincia. Deseando nuestro señor el Papa enviar un Obispo de gran espíritu a la Concepción de Chile, escogió a Fray Andrés, y le envió su nombramiento. Pero él se afligió tanto con esta dignidad, tan distinta de la humildad de los frailes menores que él había abrazado, que se retiró al pueblo de Boza, y en una humilde celda se encerró a hacer oración y a pedir a Dios que no permitiera le sacaran de su humildad. Y oyó Dios su oración, porque de allí a pocos días inopinadamente murió en la misma celdilla donde se había recogido.

Trajéronle a Santafé y le hicieron gran honra en sus funerales el Arzobispo y demás autoridades.

A gloria de Dios. Amén.

XIII

*Del admirable ejemplo de desprecio de las riquezas  
que dio un mozo rico que después se llamó  
Fray Ramos*



Fue este ilustre mozo de nación española y abundante en bienes de fortuna. Y siendo mercader rico en esta ciudad, conociendo la vanidad y la inconstancia de las cosas del mundo lo renunció todo, y repartió todo su caudal en limosnas a los pobres, y pidió por favor el hábito de nuestro Padre San Francisco en el estado humilde de donado. Y aunque por parte de los religiosos se le instó para que profesara, nunca quiso, pregonando que no era digno de tanta grandeza y honor. Sólo se pudo conseguir que admitiese la capilla. En este estado, y en el empleo de sacristán, barriendo él mismo la iglesia, vivió muchos años, donde por su nobleza y buena fama le visitaban los mayores personajes de esta ciudad, Oidores y Arzobispos.

Hizo en la iglesia una hermosa capilla a la Señora Santa Ana, y la adornó con primorosas alhajas, que le enviaban de Europa sus nobles parientes. Su pobreza fue igual a la de nuestro Padre San Francisco, pues el día de su muerte se halló que no tenía más que el hábito que llevaba puesto, y ese mismo de limosna.

A gloria de nuestro Señor Jesucristo y de la santa pobreza. Amén.

XIV

*De cómo el demonio se burló de Fray Diego, pero quedó al fin vencido por la humildad*

Fray Diego Díaz Quijano fue de los hombres más sabios que ha habido en esta Provincia. Recibió sus grados en Filosofía, Teología y Derecho Canónico en la Universidad Javeriana. Durante todo el tiempo de sus estudios admiró a sus maestros y condiscípulos por su amor a la piedad. En los paseos que los Padres de la Compañía hacían anualmente a la hacienda de Techo con todos los colegiales, parecía nuestro Fray Diego un ermitaño, pues huyendo del bullicio se escondía a hacer oración y penitencia.

Hallándose una vez en dicha hacienda, y entregado, como solía, a sus santos ejercicios, oyó, a las tres de la mañana, las campanadas tristes y melancólicas del alba, que siempre han resonado en el convento de franciscanos de Santafé, y con esto le pareció oír en sus oídos la voz dulce e insinuante del Señor, que le llamaba a la santa soledad de la vida religiosa.

En el momento se puso en pie, y siguió la voz de Dios, abandonando amigos, padres, riquezas y comodidades y llegando a las puertas del convento pidió se le concediera el hábito del humilde San Francisco.

Fue por espacio de 15 años profesor de este su convento de Santafé, no menos ilustre por su ciencia que por su humildad y penitencia. Como un hermano suyo era provisor del Arzobispo, venía con frecuencia a consultar sus dudas con el sabio religioso. Pero más de una vez sucedió que se le

metió en la celda el demonio, disfrazado con la figura y vestidos de su hermano, y entabló con él largas disputas sobre todos los misterios de nuestra Religión.

No pudiendo el demonio conmover la fe y la humildad del siervo de Dios, quiso vengarse sujetándolo a una nueva humillación, y fue que se le apareció bajo el aspecto, figura y ademanes de N. M. R. Padre Fray Antonio Miranda, que entonces ejercía el oficio de Ministro Provincial, y le reconvino ásperamente por culpas que no tenía, y le mandó que al día siguiente bajara al refectorio, y confesara todas estas culpas delante de la comunidad.

Estaba por entonces el anciano Padre enfermo e impedido, y así fue grande la sorpresa de la comunidad cuando le vieron bajar al refectorio, y más cuando le oyeron acusarse públicamente de tan graves culpas. Creyó el P. Provincial que era penitencia impuesta por el Guardián, y éste creyó que era impuesta por aquél. Pero movido de Dios el P. Provincial le preguntó en público quién le había impuesto esa penitencia. A lo cual respondió Fray Diego:

—V. R., Padre, me lo ordenó con precepto formal de santa abediencia. Oído esto, el Prelado descubrió las tramas del demonio, y no pudiendo contener las lágrimas, se levantó de su asiento, le echó los brazos al cuello, y con voz paternal le dijo:

—V. R. no ha cometido ninguna de estas faltas, ni merece penitencia alguna. Pero Dios N. S. ha permitido este engaño, para que toda la comunidad se edifique con tan gran ejemplo de humildad y de obediencia.

Desde aquel día los religiosos quisieron aun más



al P. Lector jubilado, y el demonio no volvió a molestarle con importunas visitas.

A gloria de Cristo. Amén.

XV

*De la humildad de Fray Ignacio Botero*

Ninguna virtud es más grata a Dios N. S. que la humildad, por la cual el hombre siente claramente que no tiene de sí nada bueno, y que por el contrario sin la gracia de Dios es capaz de todo lo malo. Y de esta manera reconoce que cuanto bueno hay en sí es don de Dios, y cuanto malo, es fruto de la propia debilidad y malicia.

Fray Ignacio Botero, de la Provincia de Antioquia de este Nuevo Reino, fue eminente en esta gran virtud de la humildad.

Como en su convento de la recolección de San Diego todos le tenían por santo, él dijo una vez a su confesor el P. Francisco Antonio:

—Mire, mi benedicite, por amor de Dios, qué candidez de estos pobrecitos. Mire a quien veneran. Mire cómo quieren tener por santo a este bruto.

Habiéndole enviado la obediencia a la villa de Honda, salió muy contento, diciendo:—Dios lo permite para que no los vaya a alucinar más este pecadorazo.

Y cuando lleno de achaques volvió a la recoleta de San Diego, exclamó:—Ya puede echarse con la carga de sus pecados el jumento.

Y como los médicos ordenaran que fuera a buscar temperie más benigna en la hacienda del Ti-

gre, de la viceparroquia de la Mesa, se despidió de un Padre muy amigo suyo diciéndole:—Mi benedicite, el jumento ya no puede más. Se va a acabar.

Fue allí tentado de grandes desolaciones, que sufrió con gran entereza, asemejándose mucho en esto a nuestro Padre San Francisco.

Decía a su confesor:

—Este pequeño trabajito lo pone mi Dios sobre mis hombros por mis muchas y gravísimas culpas. Mucho es lo que mi Dios ha hecho por mí; pero yo...mi benedicite, no se puede sufrir tanta ingratitude.

Otra tentación tuvo en medio de los terribles sufrimientos de su última enfermedad, y fue que se le representaba vivamente por qué, después de haber vivido siempre en la casa de su padre, que era su convento, moría ahora como mal hijo, olvidado de sus Prelados, fuera del claustro y lejos de sus hermanos.—¿Por qué no morir, decía, a los pies de mi Señora?

Con esto se le representaba vivamente el convento de San Diego, el corito de la Virgen, la misma imagen de Nuestra Señora del Campo, y le parecía estar igual al hijo pródigo, y deseaba levantarse para ir a morir en la casa de su padre San Francisco. Dos días le duró esta tormenta: y en todo este tiempo se le oía decir constantemente: *Domine, non sicut ego volo, sed sicut tu. Domine, fiat voluntas tua.*

En carta escrita por su confesor se leen estas palabras:

Cuando me acerqué a darle el Santo Viático me pareció ver en el rincón donde estaba una nueva claridad, como si hubiese una ventana al frente, y especialmente en el rostro lo reparé por un mo-

mento, mientras le puse la forma, mas no me detuve a examinar más, porque sentí una debilidad de cabeza, como si me hubiese dado algún vahido.

Murió entre grandes dolores, no cesando de exclamar:

—Señor, ea Señor mio, aquí tenéis a tu pobrecito, no lo desamparéis.

—Señor, mira a tu pobre, *Iesu Fili David, miserere mei.*

Expiró por fin suave y santamente. El cuerpo permaneció con los colores que solía cuando vivo, flexible, sin mal olor; y el rostro, dice su confesor, con aquella amabilidad que tenía cuando estaba en el coro.

La gente que lo visitaba decía: muy alegre estará su alma en el cielo, según lo risueño que está su cuerpo en el ataúd.

A honra y gloria de Dios Nuestro Señor.

## XVI

### *De la pobreza de Fray Vicente Olarte*

Fue Fray Vicente de la ciudad de Vélez, de las más nobles e ilustres familias del Reino. Fue colegial de San Bartolomé, donde recibió las borlas de Doctor en Filosofía, Teología y Sagrados Cánones.

Recibido el hábito de San Francisco, trabajó infatigablemente por la salvación de las almas. Desempeñó los más altos puestos de su Provincia. Fue para todos dechado de virtud, y amaba tanto la santa pobreza, que jamás tuvo en su mano una moneda.

Fue puntualísimo en el rezo del oficio divino. Rezó la última Prima a las seis de la mañana, y a las seis y media entregó su espíritu al Creador. A El sea la gloria para siempre. Amén.

## XVII

*De un hombre muerto, que saliendo de la sepultura, se dirigió al convento de los capuchinos a pedir el hábito*

Habiendo muerto en el santo Hospital de esta ciudad de Santafé un pobre de solemnidad, fueron a enterrarlo los servidores deputedos para esos casos, y mientras cavaban la fosa en el cementerio, siendo ya tarde, comenzó a caer una fuerte lluvia.

Los enterradores, dejando al muerto a la intemperie y al borde de la sepultura, se guarecieron de la lluvia bajo un tejadillo, y allí les cogió la noche. Mas sucedió entre tanto que con la lluvia el muerto, que a lo que parece sólo estaba impedido por algún accidente, recobró el uso de sus sentidos, y viéndose en el cajón, y al borde de la fosa, se levantó aterrado, se envolvió en la mortaja, y se dirigió a todo correr por la alameda al convento de la capuchina, donde pidió que lo recibieran y le dieran el santo hábito. Recibiolo con caridad el P. Prior, y más tarde vistió el hábito en el convento del Socorro, donde perseveró empleando en santas obras la vida que Dios le había conservado tan milagrosamente.

XVIII

*De cómo el señor Virrey de este Nuevo Reino se prendó de una hermosa doncella llamada la Marichuela, y cómo ella se hizo monja de Santa Clara, y el Virrey se hizo pobre lego franciscano*

Como la humana fragilidad es tan grande, y el vano amor de las mujeres tiene tanta fuerza en los corazones de los hombres, sucede a veces que almas de nobles sentimientos y personas que ocupan alta dignidad se encuentran presas en las cadenas del amor pecaminoso. Pero como el poder de la gracia es mayor que el de la naturaleza, Dios da a sus escogidos fuerza mayor, para librarse de esta esclavitud.

Fue Virrey de este Nuevo Reino Don José Solís Folch de Cardona, de una de las más ricas e ilustres familias españolas, caballeroso y noble, prudente y justiciero, afable y cortés, pero que estando en la flor de su juventud, se entregaba a toda clase de amorosos devaneos.

Enamoróse de una mujer, que, sin ser de alto nacimiento, se distinguía por su hermosura y donaire y daba mucho qué hablar a las gentes con su desenvuelta conducta. Llamábala el pueblo la Marichuela.

Solía el Virrey salir disfrazado al entrar la noche, por una puertecilla excusada que había mandado hacer en su palacio, y no volvía hasta rayar el alba.

Correspondía a sus agasajos y obsequios la Marichuela, hasta que un día, hallándose ella por

curiosidad, más que por devoción, en unos ejercicios espirituales que daba el P. Benavente, de la Compañía de Jesús, le tocó Dios N. S. el corazón de tal manera, que deshecha en llanto por su mala vida, se dirigió al convento de Santa Clara, y pidió con tanta insistencia y humildad el hábito, que al fin lo consiguió, abandonando el mundo para siempre.

Desde entonces comenzó a notarse un gran cambio en la vida del Virrey. Pensaba él cuán prudente había sido aquella mujer en preferir a todos los amores de la tierra el amor del rey del Cielo.

Pensaba cuán grande es la dignidad del alma humana, y como no debe arrastrarse por el fango la vestidura de la gracia. Ordenó su vida y se dedicó con especial esmero a obras de caridad, sirviendo él mismo la comida a los pobres en los hospitales.

A la cuaresma siguiente, en la procesión de penitencia a que asistió todo el pueblo y la nobleza, el señor Virrey, coronado de espinas y con soga al cuello, llevó el Cristo con edificación de todos.

En las postrimerías de su gobierno dio 30.000 pesos al hospital de San Juan de Dios, para agrandar las salas y enfermerías, y finalmente, después de 7 años de muy buen gobierno, entregó el mando a su sucesor.

Cuatro días después, como lo cuenta un antiguo cronista, salió el señor don José Solís en calesa, a las nueve de la mañana, con la mejor gala y del mismo modo sus criados y negros; fue a San Diego, donde oyó misa solemne, y a la tarde subió donde el señor Arzobispo; a la noche se disfrazó de capa, y sin ser conocido de los guardias, salió a San Francisco, y despojándose de la gala tomó hábito de lego del señor San Francisco, a

cuyo tiempo hubo repiques, por donde se llegó a saber en su palacio, y escribió un billete a su sucesor, quien de la confusión dicen no durmió en toda la noche.

Llamóse en el claustro Fray José de Jesús María, gozó toda su vida de profunda paz de espíritu, y aprendió por experiencia cuánto mejor es el amor divino que los amores humanos.

Renunció a sus dignidades, repartió en limosnas todas sus riquezas y huyó del mundo vano para contraer espirituales bodas con la santa Pobreza.

Y aunque la Marichuela, algún tiempo después, abandonó el claustro en que se había recogido, pero no volvió a su vida pecadora, sino que fue buena cristiana hasta su muerte.

En alabanza de Cristo. Amén.

## XIX

### *Cómo quiso la bondad de Dios dar iglesia en Santa Fe a la Orden Tercera*

Viendo el Virrey Solís, cuando aun era grande del mundo, pero ya discípulo de Cristo en la Orden Tercera, la incomodidad que en la iglesia de nuestro Padre San Francisco tenían los tercarios en sus fiestas, principalmente cuando concurrían éstas con las fiestas de los religiosos, compró y regaló a la Orden Tercera la casa que quedaba frente a la iglesia de la Veracruz, para que allí se hiciese iglesia para la Orden. Esta donación la ampliaron después otros devotos y finalmente plugo a Dios dar cuasi milagrosamente dinero para la fábrica, lo cual sucedió de esta manera.

Don Ignacio Rojas Sandoval, devoto terciario franciscano, andando una vez a caballo por los campos de Fucha, tuvo que descabalar, y se le ocurrió atar la cabalgadura a una mata que se veía en mitad del campo. Al tiempo de hacerlo un golpe de viento le arrebató el sombrero, de lo cual asustado el caballo rompió a huir con tal vehemencia, que arrancó la mata a que su dueño acababa de atarle, y dejó descubierta una vasija no pequeña llena de oro.

Con este tesoro costeó el devoto don Ignacio la fábrica de la Tercera.

## XX

### *Cómo un lego capuchino pobló de magníficas iglesias el Nuevo Reino*

Estando un día San Francisco frente a la iglesia de San Damián, que acababa de restaurar siguiendo la voz de lo alto, preguntóle Fray León si no se alegraba de tener ya restaurado este templo para gloria Dios. El Santo patriarca se quedó un instante como en éxtasis, y volviendo en sí exclamó:

—Ay, hermano Fray León, qué poco hemos hecho por el servicio de Dios. Pero yo te aseguro que vendrán después de nosotros otros frailes, que penetrarán en regiones de gentiles y llenarán de iglesias las más apartadas regiones.

Esta profecía se cumplió a la letra en el Nuevo Reino, pues un pobre lego capuchino, Fray Domingo de Petrés, hizo él solo más y más suntuosas iglesias que han hecho los más ricos y poderosos príncipes.

Construyó en Santa Fe la Catedral, Santo Do-



mingo, la Enseñanza, el hospital e iglesia de San Juan de Dios, y en la comarca los templos grandiosos de Zipaquirá y Chiquinquirá, sin otros muchos.

Gran parte de la noche la pasaba en oración y todo el día en el trabajo.

Si a David y a Salomón tanto honró Dios por una casa que le edificaron, ¿qué no habrá hecho por el humilde lego capuchino?

## XXI

### *Cómo otro hermano lego convirtió él solo más indios que muchos letrados*

El celo de los frailes menores por la conversión de las almas se hizo notar de un modo particular en las misiones de San Juan de los Llanos. Pero entre todos se distinguió en ellas un humilde lego, con cuya humildad quiso Dios confundir la vanidad de toda sabiduría humana.

Llamábase Fray Domingo Fierro, y trabajó 16 años en aquellas misiones. Fundó el pueblo de la Concepción de Arama, y después el de San Francisco de Macatía, donde perseveró por muchos años enseñando a los indios la doctrina y el idioma castellano, a muchos de ellos a leer, y a todos a labrar la tierra, haciéndoles sementeras, y proveyéndolos de herramientas, de gallinas, de ganado y otros animales domésticos.

Sin socorro alguno temporal, y llevando sólo por compañera la santa pobreza, entraba por las montañas, de donde sacaba a los indios a costa de mil riesgos, hambres y sudores.

A gloria de Dios. Amén.

XXII

*De cómo pasó al Nuevo Reino, no sólo el espíritu  
de S. Francisco, sino también el espíritu de Fray  
Junípero*

Tuvo también esta Provincia del Nuevo Reino un lego bueno y sencillo, más seguidor de la sabiduría divina que de la prudencia humana, digno sucesor de Fray Junípero, que se llamó Fray Sebastián, aunque la gente generalmente le llamaba Fray Dome a Dios, porque siempre tenía en su boca este estribillo.

Era tan humilde que gustaba de que hicieran mofa de él los muchachos, y así se sentaba en una piedra en la calle, y los muchachos le tiraban lodo y todo cuanto les venía a las manos.

Una vez se puso uno a afeitarle por mofa con un hueso roto, y el humilde hermano no dijo una queja ni hizo resistencia alguna.

Los hombres espirituales le tenían por santo, pero los necios de que está lleno el mundo le tenían por simple, y la chusma de la calle le apodaba y afrentaba llamándole el guache.

Y como Fray Junípero fue tan amado de San Francisco, a pesar de su rusticidad y simplicidad, así Fray Sebastián era amado de sus Prelados singularmente, por el mucho candor de su alma.

XXIII

*De cómo Fray Sebastián repartió a los pobres todo  
el pan de la Comunidad*

Una vez en tiempo de gran hambre y necesidad, mandó el guardián a Fray Sebastián a que

fuera a mendigar algo para la Comunidad, porque no tenían qué comer. Salió el lego con su alforja, y recogió buena cantidad de mendrugos de pan, y aun algunos panes enteros que la caridad de los fieles enviaba a los siervos de Dios. Mas sucedió que al llegar al convento encontró multitud de pobres, que pedían una limosna.

Y él entonces dijo para sí:—Justo es que coman primero estos pobres de Cristo, porque nosotros tenemos costumbre de ayunar, y así no será mucho ayunar un día más y esperar hasta mañana para saciar el hambre. Pero estos pobres que no están acostumbrados, no van a poder resistir. Y diciendo y haciendo les repartió todo el pan de la comunidad.

Entrado al convento y preguntado qué traía, contestó que traía la alforja llena de gracias, porque los pobres no se habían quedado cortos en dárselas. Y como el guardián no entendiendo lo que Fray Sebastián quería decir, abriese la alforja para examinarla, la halló llena de blanquísimos panes, con que Dios premiaba la caridad de su siervo. Y celebraron aquel día rico festín, alabando al Señor, a quien sean dadas gracias para siempre. Amén.

#### XXIV

*De cómo Fray Sebastián llevó vino en la manga para celebrar las misas*

Faltando un día en el convento el vino para la santa misa, envió el guardián a Fray Sebastián a que fuera a buscarlo a casa de un comerciante honrado, y Fray Sebastián, que estaba todo abstraído en oración, se olvidó de llevar botijo o jarro para traerlo.

Al momento de medir el vino, se halló que no tenía donde echarlo, pero sin inmutarse presentó la manga, diciendo al vendedor que se lo echara en ella.

Por burlarse de él hizolo así al punto el vendedor, y Fray Sebastián, dando las gracias, se volvió al convento teniendo mucho cuidado de no derramar ni una gota.

Al verle el Padre Guardián quiso reprenderle, pero considerando el milagro de que no se pasara el vino, juzgó que no era bien reprendiera el hombre lo que aprobaba Dios, y así, sin decirle nada, lo mandó a dejar el vino y a hacer los oficios humildes del convento.

Que sea Dios bendito para siempre.

## XXVI

*De cómo Fray Dome a Dios hizo acabar la imagen de la Virgen del Campo, y de la honra que ha tenido esta Señora en su iglesia de San Diego.*

Como Fray Dome a Dios era el que hacía todos los recados del convento, salía muchas veces de noche a la calle, y observó que en un puente cercano a su convento de San Diego, se veían casi siempre ciertos extraños resplandores.

Creía Fray Dome a Dios que era alguna luz puesta allí para guía de los caminantes; mas sucedió que una devota Señora, esposa de Dn. Alonso López de Mayorga, reparando con cuidado en el lugar de donde salía la luz, vio que era de una piedra grande en la que estaba, delineada y a medio labrar, una imagen de la Santísima Virgen. Llevó la familia de esta Señora la luminosa

pedra al oratorio de una hacienda que tenían cercana; y cuando supo Fray Dome a Dios lo acontecido, se dio traza para acabar la imagen, y aun no falta quien diga que fue por mano de ángeles, si bien lo más cierto es que el Oidor Juan Ortíz de Cervantes pagó los artífices que la concluyeron, y le hizo labrar una hermosa capilla que es la nave de la Iglesia de San Diego; y el Cabildo de Santa Fe la votó por patrona contra el polvillo que asolaba las sementeras.

## XXVII

### *De la muerte de Fray Sebastián*

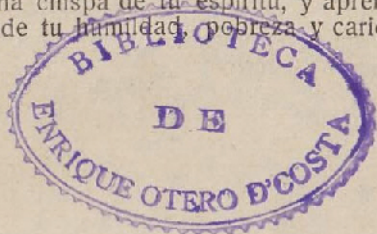
Sintiendo Fray Sebastián que se llegaba su última hora, anciano y ciego y achacoso, pidió licencia al guardián para morir, quien le dijo no podía darla, porque quedaría irregular. Entonces, con el beneplácito del prelado, la pidió al enfermero que le cuidaba, y recibida, encomendó su alma a Dios, y espiró como quien se entrega a un apacible sueño.

Su cuerpo quedó tratable y hermoso, sin aquellos horrores que causa la separación del alma. Los que venían a verle se abrazaban a él y le despedazaron tres hábitos para reliquias.

### *Conclusión*

Glorioso Padre y Patriarca San Francisco, a cuyo paso en espíritu por el Nuevo Reino brotaron tan bellas florecillas; no nos prives jamás de tu presencia, quédate con nosotros, haz en nuestra Patria tu perpetua morada. Conserva lozano

y floreciente el doble jardín desde el cual tus hijos llenaron nuestra tierra de aromas de virtud y los claustros de frutos de santidad. Bendice todas sus empresas, lo mismo en los últimos confines de la República, donde son ellos los únicos campeones del nombre cristiano y los únicos portadores de la civilización, que en nuestras más populosas ciudades, donde tanta falta hace su predicación y ejemplo para contrarrestar el pernicioso espíritu del mundo. Y bendícenos también a todos los que te invocamos, para que merezcamos recibir siquiera una pequeña chispa de tu espíritu, y aprender las lecciones de tu humildad, pobreza y caridad. Así sea.





## APENDICE

Aunque no he pensado en sujetar a una revisión crítica estas hermosas leyendas, que forman un buen capítulo de nuestro *Folklore*, tampoco he querido contribuir a la propagación de algunas, que ciertamente consta que carecen de fundamento histórico.

Por eso muchos lectores hallarán menos la leyenda de Dn. Angel Ley, a pesar de ser la más difundida entre nosotros y conocida aun en el extranjero, gracias a la forma poética que en 1846 le dio Próspero Pereira Gamba. Mister Allan Burton la tradujo al inglés y M. Eduardo André la incluyó modificada y desfigurada en su obra *Viaje a la América equinoccial*.

Otra nueva redacción de la misma leyenda escribió en prosa el Señor Gamba para las *Crónicas de Bogotá* de Pedro M. Ibáñez, donde puede verse. (1)

En el mismo año de 1846 apareció en «El Día», periódico de Bogotá, núm. 378 la misma leyenda, algo modificada y refiriéndola al año 1795, firmada con las iniciales J. M. T.

---

(1) T. II, 2.<sup>a</sup> ed., p. 166; Manuel José Ferero, en sus *Leyendas Históricas de Santa Fe y Bogotá*, Primera serie, p. 95 y sigs. trae dos distintas versiones de esta leyenda, bajo los títulos *Doña Luisa Sandoval* la primera, y *El Capitán Angel Ley* la segunda.

Fresca estaba aún, cuando estas leyendas se escribieron, la memoria de Fray Angel, y uno de sus allegados, quizá uno de sus hermanos, quiso salir por los fueros de la verdad, y escribió una refutación de ellas, depositando en la imprenta los documentos correspondientes para que fuera a consultarlos quien quisiera.

Este autor, que se muestra muy bien enterado de la vida del distinguido franciscano, cuenta de esta manera el exiguo fundamento histórico de la poética narración de Gamba:

Después de decir que Dn. Angel nació en Cádiz en 1779, que vino a Santa Fe de 7 años, que era cadete, de muy buenas costumbres e inclinado a la vida religiosa, continúa de esta manera, en su estilo que no es modelo de corrección y buen gusto:

«Empero Dn. Angel, obligado por sus amigos, extiende melancólicamente la vista sobre el pavimento de una sala que se aparejaba iluminada a la diversión del baile. La música había ensayado su primer concierto; pero ¡ahí! (sic) una voz vaga y feral murmuraba entre la multitud. Si, era la muerte de uno de sus primeros amigos que llenaba de acerbidad a su familia. De labio en labio pasaba esta noticia, lamentando la pérdida del Ordinario Dn. Francisco Antonio Tobar, que en esa misma tarde se había ahogado en un zanjón de Techo. A la sensación que produjo se sucedió un silencio pavoroso; parece que tocados por un mismo resorte se comunicaba a todos el pesar. Dn. Angel había quedado estupefacto: sus ojos aplomados mostraban su dolor. Un suspiro terrible se escapa sin resolución... La agonizante vida de aquel hombre había hecho estremecer sus miembros. Punzado así por



una mano oculta Dn. Angel se pierde en la región de los muertos... La severidad del pensamiento le había dejado inmóvil... He aquí los últimos estímulos de su vocación...»

Fray Angel Ley murió santamente en 1838 a los 66 años de edad. De él se conserva un escrito interesante; *Capilla y suplicio del Coronel de la República de Colombia, Leonardo Infante*. Empieza este escrito con un boceto biográfico bastante extenso del valiente militar, y pasa después a contar detalladamente sus últimas horas. Fray Angel era el confesor de Infante, y como tal le asistió en las amargas horas de la capilla y le acompañó caritativamente hasta el patíbulo. La segunda parte de este documento la publicó Pedro M.<sup>a</sup> Ibáñez en su *Colección de causas célebres de Colombia*, Entrega IV, pág. 44.

En el Convento de San Francisco se conservó hasta hace poco un retrato de Fray Angel Ley, y en él una nueva forma de la apócrifa leyenda, según la cual, asistiendo una noche D. Angel a un baile se había encontrado bailando con la muerte; y al ir a retirar su capa, que había dejado al entrar en una lujosa percha, la había encontrado sostenida por secas canillas de esqueleto humano.

Este retrato fue secuestrado del convento, por una persona que manifestó deseaba sacar de él una fotografía, y no ha sido posible lograr su devolución.

No alcanzo a entender ni qué pierde la memoria de un santo varón porque se haya formado al rededor de su nombre una poética leyenda, ni qué gana con que se secuestre el único retrato que de él había quedado a la posteridad.

Por lo que hace a la edificante historia de Dn.

José Solís, maravilla hubiera sido que no la hubiera convertido el vulgo en maravillosa leyenda, y en efecto, de boca en boca corre la versión, y algunos poetas la han recogido en prosa y en verso, de que la causa de su conversión fue el haber hallado una noche, cuando recorría la ciudad en sus devaneos, el entierro de un personaje principal, a quien salía a enterrar el clero en largas filas con hachas encendidas en las manos; y que acercándose a preguntar quién era el muerto, le dijeron que el Virrey Solís, y él mismo pudo comprobarlo, contemplándose a sí mismo muerto en el cajón y camino de la sepultura.

La leyenda es reciente, pues en los antiguos no se halla rastro de ella. Tal vez el origen de esta hermosa ficción fue el haber aplicado al Virrey Solís lo que desde muy antiguo se cuenta de otro noble personaje, Dn. Juan de Salazar, a saber, que se encontró a sí mismo muerto en la calle, como lo contamos en el núm. XI de estas florecillas.

---